

el título. Por el tratado se concedió también dos millones y medio de pesetas de renta como propiedad trasmisible á sus herederos, á los individuos de la familia imperial, independientemente de su caudal particular; señalóse igualmente en él un millon de pension á la emperatriz Josefina, y un establecimiento seguro y decoroso fuera de Francia al príncipe virey. Sobre los fondos que el Emperador abandonó á la corona, se reservaba un capital de dos millones de pesetas para gratificar á los generales de su guardia, á sus ayudantes de campo y á sus criados. El artículo 13 decia: « Que las obligaciones del Monte » Napoleone de Milan, para con todos los » acreedores de Napoleon, franceses ó extranjeros, serian religiosamente cumplidas. » (*Esta fue la única condicion que puso Napoleon á su abdicacion al trono de Italia; pues bien, ni siquiera se ha cumplido.*) El artículo 17 decia: « S. M. el Emperador podrá llevar » consigo y conservar para su guardia cuatro- » cientos hombres voluntarios..... » Un año despues sabrá la Europa y la Francia lo que pudo Napoleon con aquellos cuatrocientos hombres.

La publicacion del armisticio y de la adhesion al gobierno provisional, contuvo repentinamente en el Norte los triunfos milagrosos del general Maison, el cual, con sus doce mil hombres, resistia á sesenta mil del ejército de su antiguo general, el príncipe real de Suecia, y era llamado, como libertador, por los pueblos de la Bélgica. El mariscal Soult, tanto en su nombre como en el del mariscal Suchet, también debió concluir un armisticio con el lord Wellington. El general Decaen ya lo habia firmado por su ejército con el lord Dalhousie; y habiendo concluido el suyo el mariscal Augereau con el príncipe de Hesse-Homburgo, habia dirigido á su ejército aquella alocucion que era un modelo de insolencia y de bajeza para con Napoleon, castigado cruelmente por haber conservado su confianza, al que no la merecia hacia tanto tiempo, y cuyo valor no habia sobrevivido á la batalla de Eylau.

La abdicacion y el armisticio pasaron los Alpes, y advirtieron al Virey que ya no habia para él ni banderas francesas ni banderas italianas. Convínose la evacuacion de la Italia entre aquel príncipe y el mariscal de Belle-

» todos, pero abrazo á vuestro general; ve-  
 » nid, general Petit, á que os estreche sobre  
 » mi corazon! Que me traigan el águila, tam-  
 » bien quiero besarla! Ah! querida águila,  
 » ojalá que el beso que te doy resuene en  
 » la posteridad! Adios hijos míos, mi afecto  
 » os acompañará siempre; conservadme en  
 » vuestra memoria.»

Esta escena memorable, tuvo algo de patética por la emocion que enterneció por primera vez delante de sus compañeros de armas el semblante de Napoleon; el cual lloraba, así como la tropa; este dolor comun de los primeros soldados y del primer capitán de la Europa fue sublime.

Napoleon subió á su coche con el general Bertrand, acompañado de un corto destacamento. El mismo día que salía Napoleon de Fontainebleau como desterrado, hacia su entrada solemne en Londres Luis XVIII, como rey de Francia. A su llegada al palacio del príncipe regente, el rey respondió á aquel príncipe en estos términos: « Siempre  
 » atribuiré á los consejos de V. A. R., á este  
 » glorioso pais y á la confianza de sus habi-  
 » tantes, despues que á la Providencia, el res-

» tablecimiento de nuestra casa sobre el trono  
 » de nuestros antecesores.» Y en efecto, la Gran-Bretaña era la que devolvía la Francia á Luis XVIII. La fortuna que proscibía á Napoleon, se congratulaba en suministrar á la historia este extraño contraste el 20 de abril de 1814, y á justificar así el triunfo de la Inglaterra sobre su enemigo mas temible. Despues de semejante tiro, nada mas faltaba ya á la catástrofe que precipitaba del trono al capitán del siglo, condecorado con todos los títulos que puede procurar una fortuna humana; aquel á quien su ejército habia llamado su *héroe*, la Francia su *libertador*; el que era para la Europa el hombre del destino, el distributor de coronas, y el soberano de los reyes; en quien el clero de Francia celebraba al *enviado del Todopoderoso*, y á quien el Papa habia llamado tantas veces el *ungido del Señor*.

En todas partes fue recibido Napoleon en su tránsito con el grito de *viva el Emperador!* En ninguna parte se manifestó con mas entusiasmo que en Leon, el testimonio de amor y de pesar; pero el mariscal Augereau tuvo la osadía y la bajeza de insultar al infortunio de un hombre grande, á quien habia vendido, coronando

con esta infamia el crimen de una defeccion que merecia la muerte. Lo demas del viage no dejó de presentar sus riesgos, los cuales eran mayores, á medida que se adelantaba en las provincias meridionales. Napoleon no entró en Aviñon, en donde doce mil bandidos manifestaban intenciones feroces. En Orgon, todavía era mas violento el furor contra él, pues algunos miserables, reunidos para festejar á los generales austriacos, quisieron asesinarle. Tambien corrió otros riesgos muy graves, y quizá el vencedor generoso, que habia devuelto sus tronos á reyes vencidos, y levantado imperios caidos á sus pies, se vió precisado á ponerse bajo la proteccion del extranjero, para no ser víctima de malhechores apostados por conspiradores mucho mas culpables y mas odiosos que sus bárbaros instrumentos. El velo medio rasgado sobre la mision confiada á Maubreuil; otros descubrimientos que ya la historia ha registrado para el porvenir, la misma direccion dada á los fanáticos que despues asesinaron al general Ramel y al mariscal Brune, y ensangrentaron los departamentos del Herault y del Gard, ponen bajo el peso de una terrible responsabilidad

á los autores de la conjuracion contra la vida del príncipe, con quien los soberanos de Europa, sea por respeto, sea por temor, acababan de tratar de soberano á soberano. Napoleon se libertó de las asonadas excitadas á su paso, embarcándose por último en el puerto de la Rapheau; catorce años antes, aquella misma region le habia visto llegar de Egypto para ir á tomar las riendas de un imperio. Una fragata inglesa se encargó de trasportar el dueño del continente al estrecho dominio que la fortuna le dejaba.

El 3 de mayo, á las seis de la tarde, entró el Emperador en Porto-Ferrajo, donde fue recibido por el general Duhesme, comandante frances. « General, le dijo, he sacrificado mis » derechos á los intereses de mi patria, reser- » vándome la propiedad y la soberanía de la » isla de Elba. Manifestad á los habitantes la » eleccion que he hecho de su isla para mi re- » sidencia. Decidles igualmente que siempre » serán para mí el objeto de mi mas vivo in- » teres.» El corregidor (*mairé*) de Porto-Ferrajo entregó á Napoleon las llaves de la ciudad; la casa del ayuntamiento se convirtió en

palacio. Se cantó un *Te Deum* en la catedral, al cual asistió el Emperador; de este modo se terminó aquella soberanía tan limitada. El desempeño de su gobierno no fue para Napoleón; sino una especie de administracion de familia, durante los diez meses que reinó sobre los habitantes de aquella isla. Extendió los trabajos de las minas, hizo varios plantíos, muchas construcciones, por fin, mil beneficios. Su madre, su hermana la princesa Paulina Borghese, dejaron sus palacios de Roma, y sus jardines encantados, para venir á suavizar sobre las rocas de la isla de Elba, el destierro de un hijo y de un hermano, constantemente querido de ellas; cuidados tiernos, adhesion tierna, donde la historia descansa del triste espectáculo de la desgracia de las naciones, y de la necesidad de tener que repetir sin cesar los errores de sus gefes, errores, cuya censura casi siempre se pierde para las generaciones á quienes deberian instruir y corregir.

Con todo, la isla que encerraba á Napoleón no era para él mas que un observatorio, desde donde veia y creia oir los gemidos de

la Francia. Andaba errante sobre sus cimas, como un águila extraviada que dirige sus miradas penetrantes al través de la inmensidad, para buscar su camino hácia el aire paterno.

FIN DEL LIBRO DÉCIMOSEXTO.

garde, por medio de comisarios. La despedida del ejército frances de la hermosa Italia debió resonar hasta el corazón de Napoleón, y darle el último golpe en medio de las aflicciones que su alma se aplicaba á tolerar de un modo digno de él. ¡Qué mudanza! Napoleón, poco tiempo antes, dueño de un grande imperio y el árbitro de la Europa, ya no es mas que un desterrado que conserva un vano título..... El 15 llegó el emperador de Austria para oír las felicitaciones por haber destronado á su yerno; el 16 arrebató á Napoleón su muger y su hijo, y ambos debieron partir para Viena por orden de Francisco II; hasta ahora se ignora la resistencia que pudo oponer María Luisa á la violencia de un padre. Una princesa menos elevada en la gerarquía de los soberanos, la hija del rey de Wurtemberg, que él mismo habia solicitado, para ella y á pesar de ella, la mano de Gerónimo, bajo la influencia omnipotente del tratado de Tilsitt, supo resistir con valor y respeto á una voluntad á lo menos tan imperiosa y tan sagrada, y cumplir con sus obligaciones como madre y como esposa.

El 19 de abril, víspera del dia en que Na-

poleon debia salir de Fontainebleau, llegó el general Montholon de Moulins. Admitido á presencia del Emperador en su gabinete, aquel general le propuso ir ó á Roanne ó á Moulins, donde seria recibido por un cuerpo de diez mil hombres. Le aseguró que tomando el camino de las montañas, Napoleón podria reunirse con los cuerpos de ejército de los mariscales Soult, Suchet y Augereau, y ponerse á la cabeza de cien mil hombres. «Ya » no es tiempo, le dijo Napoleón, porque » como he abdicado, todo se acabó; no quiero » que se me eche en cara la guerra civil; » pero nunca olvidaré lo que acabais de pro- » poner; jamás, lo ois, jamás!» La respuesta era generosa por parte de un príncipe tan indignamente ultrajado en los vínculos mas sagrados de la naturaleza, y que habia juzgado de una ojeada los medios que se le presentaban, y la certeza de la reunion de los ejércitos, en cuya busca podia ir.

En fin, el 20 de abril, fue el dia en que debia separarse de su fiel ejército, de su guardia!.... Su guardia se hallaba formada en los patios del palacio para la escena de la despedida. Sus viejos soldados, ennegrecidos por

todos los climas, cicatrizados por todas las guerras, y llenos de pesar, ni siquiera levantaron los ojos sobre el astro que los guiaba á la victoria; aquel astro se halla en su menguante; siguen su triste fortuna, su vista se halla fija sobre la tierra sobre que marcha su general por la última vez..... Al recorrer aquellas filas de valientes, Napoleon vuelve á ver toda su gloria, y reconoce todas sus hazañas. Aquella falange inmortal todavía contaba algunos granaderos de Arcola, de Aboukir y de Marengo; las otras datan de Austerlitz, de Jena, de Frieland, de Madrid, de Wagram, de Moscú, aun de Lutzen, de Bautzen, de Wurschen, de Dresde, de Hanau.... Todavía no hace muchos dias que se vieron diezmados en medio de la Francia, en veinte combates donde siempre fueron vencedores.... Al contemplar aquellos testigos, aquellos autores de tantos trabajos famosos, tan lejanos ya de él, era permitido á Napoleon ceder á una impresion que el carácter mas impertérrito no habria podido vencer; empero, sacando nuevas fuerzas del grandor mismo de los sacrificios que acababa de hacer, por haber firmado el tratado, despues de

haber abrazado á sus amigos, habia bajado la escalera del palacio con tanta entereza como si hubiera subido las del trono; despues echando una mirada tranquila y tierna sobre sus viejos guerreros, les dijo con una voz tan entera como su alma:

« Me despido de vosotros. Veinte años hace » que estamos juntos; estoy satisfecho de vosotros; porque siempre os he encontrado en el camino de la gloria. Todas las naciones de la Europa se han armado contra mí, algunos de mis generales han hecho traicion á sus obligaciones y á la Francia; y hasta ésta ha querido otro destino. Con vosotros y los valientes que me han permanecido fieles, hubiera podido mantener la guerra civil; empero la Francia hubiera sido desgraciada. Sed fieles á vuestro nuevo soberano, subordinados á vuestros nuevos gefes, y no abandoneis á nuestra cara patria. No os compadezcais de mi suerte, porque yo siempre seré feliz, si llego á saber que lo sois vosotros. Habria podido morir, y si me he decidido á sobrevivir, es por servir todavía á vuestra gloria, escribiendo las grandes cosas que hemos hecho. No puedo abrazaros á